

PERÍODO COLONIAL

MONGE, Fernando, *En la costa de la niebla. El paisaje y el discurso etnográfico ilustrado de la expedición Malaspina en el Pacífico*, Madrid, CSIC (Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo nº 44) 2002, 240 pp.

Con *En la costa de la niebla. El paisaje y el discurso etnográfico ilustrado de la expedición Malaspina en el Pacífico*, Fernando Monge realiza un calado de fondo en un tema por el que muchos otros han navegado anteriormente. Esta circunstancia justifica y aclara en gran parte el carácter de esta obra que cuenta con un voluminosísimo aparato crítico compuesto por 558 entradas o títulos bibliográficos, en su gran mayoría referidos a las expediciones del siglo XVIII a la costa N.O. de América, muchos de ellos específicos de la de Malaspina, aunque tampoco faltan referencias a otras expediciones del siglo XVIII, estudios contemporáneos sobre los Tlingit Yakutat y otros grupos indígenas que ocupaban el área, o sobre la Ilustración europea y española; al igual que se incluyen títulos y autores de reconocido prestigio en el panorama de la teoría antropológica contemporánea. La bibliografía se desgrana a lo largo de la obra en 597 notas a pie de página que ocupan aproximadamente un tercio del texto impreso, lo que teniendo en cuenta su menor cuerpo tipográfico, muestra el total dominio del tema por parte del autor y la sólida formación como antropólogo e historiador puesta al servicio de la redacción del trabajo. Las 16 referencias a sus propias publicaciones sobre la expedición, entre ellas su tesis doctoral *La contribución a la etnología americana y oceánica de las expediciones científicas españolas: La expedición Malaspina (1789-1794)* (Universidad Complutense de Madrid 1991), indican que el tema tampoco es nuevo para él, sin embargo no se trata de una reelaboración o actualización de trabajos ya publicados, pues como dice Fernando Monge, su tesis es utilizada como un documento más en su objetivo de realizar un nuevo nivel de análisis en el campo de la antropología histórica. De hecho él mismo especifica que la inclusión de la palabra «niebla» en el título de la obra que por lo demás es suficientemente preciso sobre su orientación y contenido como para necesitar más aclaraciones, no sólo responde a la característica climatológica que durante muchos días acompañó a los expedicionarios impidiéndoles en más de una ocasión la descripción física del paisaje, sino también a toda esta ingente bibliografía previa que no siempre sabe aclarar las circunstancias y condicionamientos que a modo de niebla empañan la interpretación de las descripciones.

Consecuente con sus planteamientos en el primer capítulo además de hacer una exposición teórica sobre las relaciones entre Antropología e Historia, realiza un análisis crítico del estado de la cuestión en el que valora las aportaciones de historiadores y antropólogos y los posibles enfoques teóricos, quedando patente sus simpatías (postmodernismo) y fobias (Clifford Geertz).

Los estudios sobre los indígenas de la costa noroeste de América están en su gran mayoría basados en la documentación de archivo generada por las expediciones ilustra-

das a través de las cuales la cultura occidental y las autóctonas del área entraron en contacto, ya que la información arqueológica es muy escasa y, tras la colonización, los cambios sufridos han sido demasiado profundos. La segunda era de las expediciones tras el descubrimiento de América (1764-1806), centrada en la exploración científica del Pacífico, acontece durante la Ilustración y estará claramente determinada por las características de este periodo en las diversas naciones europeas, incluyendo España; no sólo en sus aspectos más humanísticos, como el afán de conocer e interpretar las nuevas culturas americanas que se tratarán de identificar con el concepto del «buen salvaje» acuñado por Rouseau, sino también en aspectos puramente políticos: el control y la explotación comercial de las costas del Pacífico y su reparto entre unas y otras naciones, el dominio de Alaska, o la búsqueda del paso del noroeste.

Tras esta contextualización, el autor analiza las limitaciones del explorador ilustrado como agente de las descripciones de los habitantes de la costa noroeste y el Pacífico, destacando la escasez de los contactos, que suelen tener un carácter comercial con estancias de muy escasa duración, el desconocimiento del idioma y los condicionamientos o las predisposiciones culturales en su visión del otro que tienen los escritores del siglo XVIII. En el análisis estilístico de las monografías sobre el Pacífico de las que Fernando Monge dirá: «tienen el tono épico o moral de la novela del siglo XIX pero más soterrado e inconsciente», se singulariza el caso español con un estilo más pragmático y frío, plenamente ilustrado y no concebido para su publicación, sino como informes sobre el área, destacando la auto-crítica hacia la situación colonial. Centrándose ya en los indígenas de la costa noroeste de América enumera los cinco documentos utilizados para su análisis generados a lo largo de tres viajes españoles a las costas noroeste de América entre 1791 y 1792:

1º *Viaje político-científico alrededor del mundo por las cobertas Descubierta y Atrevida al mando de los capitanes de navío D. Alejandro Malaspina y D. José de Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794*; 2º *Diario del viaje de José Espinosa y Tello por la costa noroeste con la expedición Malaspina, 1791*; 3º *Relación del viaje hecho por las goletas 'Sutil' y 'Mejicana' en el año de 1792 para reconocer el estrecho de Fuca*; 4º *Diario de Tomás de Suria en su viaje con Malaspina a la Costa Noroeste de América en 1791*; 5º *Noticias de Nutka* de José Mariano Moziño. El autor destaca por la cantidad de noticias generadas gracias a un mayor periodo de estancia, las *Noticias de Nutka* de Moziño aunque al ceñirse su trabajo a la expedición de Malaspina, será la documentación recogida por éste (el primero de los documentos) en donde centrará su análisis, aunque también se utilizará y contrastará con el diario no oficial realizado por el dibujante Tomás Suria. Estos dos diarios difieren entre sí; el general se escribió después de la expedición y a los datos obtenidos en ella, se suman las descripciones realizadas antes por otros expedicionarios (Cook, Anderson y Dixon). Malaspina refleja un tipo de expedición científica sin apoyo terrestre y escasa información previa, sus principales objetivos son la búsqueda del paso del noroeste y la recogida de información etnográfica sobre los indígenas (los Tlingit Yakutat), especialmente las posibilidades para el comercio. Mientras que el pintor Suria además de los dibujos de los nativos y la costa, confeccionó un verdadero diario imitando a los oficiales, aunque como suele ser normal en este género, algunos días no escribió y las fechas entre uno y otro no siempre coinciden.

Partiendo del puerto de Acapulco en las fechas veraniegas más favorables para una expedición hacia las frías latitudes, las dos corbetas, *Descubierta* y *Atrevida* navegan bordeando la costa durante 58 días, los avatares de la travesía y la descripción física del

paisaje han quedado recogidos en las dos descripciones, más ampliamente en el de Suria. El 27 de junio de 1791 llegan a puerto Mulgrave en la actual bahía de Yakutat en Alaska allí son recibidos por los nativos Yakutat y permanecerán en contacto con ellos tan sólo durante nueve días, hasta el 5 de julio.

En la descripción de Malaspina se refleja como fue el encuentro, en el que los indios entonaron el «himno de la paz» y los primeros intercambios comerciales (salmón y artesanías por indumentarias e instrumentos), reservándose los autóctonos las pieles de nutria para los últimos momentos. La anterior presencia de otros expedicionarios como Dixon no sólo es recordada por los nativos sino que sus indumentarias occidentales la ponen en evidencia. El equilibrio mezcla de alianza y enemistad entre unas y otras tribus es mencionado con motivo de la visita de una de ellas. Mientras que el robo de una chaqueta por parte de los nativos parece ser el principal motivo de un enfrentamiento entre autóctonos y visitantes (Suria mencionará más hurtos), destacando también la pretensión de «apropiarse» de un filipino que viajaba en la expedición y al que consideran de su misma raza.

Fernando Monge centra su análisis en la *Descripción* de Malaspina, que más que la visión del «otro» refleja la del intermediario quien aplica sus propias categorías (sistema filosófico o entramado lógico) para la comprensión y descripción de lo visto. Así la descripción física del territorio dividido en tres áreas geográficas se ciñe a la utilidad que para los expedicionarios tenían los recursos naturales y la conexión del medio con las características culturales y sociales de los nativos (Suria cree distinguir diferencias físicas según fueran pescadores o cazadores).

Sobre los indígenas quizá lo más destacado de la descripción de Malaspina es su consideración de que todos los habitantes de la costa noroeste (de los que hoy en día se sabe la existencia de varios grupos totalmente diferentes) constituyen una sola nación. Para ello se basa en conceptos de tipo cultural según el tipo de vida, el modelo de sociedad y sus utensilios sin que las diferencias de lengua, las enemistades entre unas y otras tribus u otros signos distintivos apreciados menoscaben esta concepción que se ajusta bastante bien al modelo de nación española del XVIII. Se trata de dar la visión de todo el área, más que de un grupo concreto. Los tres principales temas de interés en su «Descripción de los indios del puerto Mulgrave» son el mando y la jerarquía, que no comprende demasiado bien por no ajustarse a su categoría (los jefes a modo de *primus inter pares* no dan signos de tener un mejor nivel de vida que el resto), la cuestión de las mujeres que les ofrecen y la venta de niños y por último su habilidad comercial con la que logran un beneficio colectivo de los intercambios individuales y ante la cual los expedicionarios, tanto de en este caso como en expediciones anteriores tienen la sensación de ser continuamente engañados por los nativos.

Tras el minucioso análisis de estos temas y la literatura que han generado Fernando Monge concluye que la visión unitaria de las tribus de la costa noroeste americana vertida en la expedición Malaspina en cierto modo se asemeja a la actual, acentuándose las interconexiones por guerras, comercio y rituales redistribuidos, pero se deforma al sobrevalorar una parte sobre el todo, advirtiéndose de la necesidad de utilizar estas fuentes con prudencia, capacidad crítica y reflexiva dentro del contexto ilustrado en que se generaron. Hay que analizar a los visitantes y a los visitados bajo un mismo foco para desarrollar una antropología histórica.

Se trata en fin de un libro sugerente y denso aunque para su total comprensión requeriría no sólo una formación en la teoría antropológica sino también ciertas nociones y

lecturas previas sobre el área descrita. Sin lugar a dudas abrirá nuevas vías de interpretación y valoración de las expediciones científicas del siglo XVIII y la forma en que se produjeron los contactos entre dos mundos culturales bien distintos.

Matilde FERNÁNDEZ MONTES
CSIC, Departamento de Antropología

PERÍODO CONTEMPORÁNEO

NARANJO, Consuelo; LUQUE, María Dolores y PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (editores), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002 (Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo, n.º 46), 412 pp.

Tal como lo define en el primer párrafo de su prólogo, José Luis Vega —Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras—, este libro es el «recuento de un apasionante episodio de historia cultural de alcance transatlántico» (p. 13). Antes que nada quisiera destacar que la lectura de la aventura intelectual que aquí se recoge resulta fácil y fluida, gracias al equilibrio en la presentación de los contextos ideológicos y científicos en que se desenvuelven los hechos, y de las figuras de sus personajes centrales, que se hacen vívidas mediante el uso de documentación particular y privada, lo que logra un retrato eminentemente dinámico de las circunstancias y las acciones de los protagonistas individuales y colectivos. Junto a esto, una segunda característica es que, a pesar de ser un libro en el que han intervenido diez autores, la coherencia que muestra su estructura, que, sin duda, debe apuntarse como un acierto de los editores, permite su lectura como si de una obra monográfica se tratara.

A través de los tres capítulos iniciales nos introducimos en el contexto de la ideología política y las propuestas culturales que la sociedad puertorriqueña crea para enfrentarse a los problemas de su construcción nacional. La situación de Puerto Rico en la borrosa frontera del Estado, su particular forma de doble colonización y la fuerza de su reivindicación identitaria basada en rasgos culturales convierten a la Isla en un terreno privilegiado para el estudio de los sistemas de dominación colonial y postcolonial y para la observación de la compleja dinámica de interrelación de la diferencia en los distintos niveles de poder ideológico y político, no solo en el Caribe, sino en el contexto más amplio de América Latina. Si la situación especial de Puerto Rico como posibilidad de mantenimiento de una identidad mestiza e intersticial bajo la presión postcolonial de la «potencia» por antonomasia en el mundo de hoy produce ya de por sí gran interés, a éste se une, a mi juicio, la poca atención que le han prestado los historiadores españoles que se ocupan de América, que acompaña al escaso conocimiento que la opinión general tiene acerca de un Estado tan importante en su propia historia política y cultural.

En este sentido sirve de perfecta introducción el primer capítulo del libro: «Política y nación cultural: Puerto Rico 1898-1938», debido a M^a Ángeles Castro Arroyo, de la Facultad de Humanidades, de la Universidad de Puerto Rico (pp. 17-48), que acomete una exposición, circunscrita al periodo cronológico que es objeto de estudio, de las relaciones políticas entre Puerto Rico y EE. UU. Se parte de la base de que la situación de dependencia económica y de dominio total de los norteamericanos hacía inviable una política

independentista, ante lo cual, el nacionalismo se volcó en el terreno de la cultura, en una búsqueda de una identidad nacional independiente, pero que no lleva aparejada la soberanía política: la nación es la cultura. La autora se refiere a la «ciudadanía sin soberanía» como vía que permitía no renunciar a largo plazo a la independencia, sin entrar en abierto conflicto con la gran parcela de poder administrada por EE. UU.

Después de 1898 en Puerto Rico quedaron muchos españoles y fueron otro sujeto actuando en el panorama de conflicto de orígenes, cultura e intereses político-económicos en el cambio de potencia colonial. Jaime Moisés Pérez Rivera, de la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico, entra en este tema, al que ha dedicado su tesis doctoral, en el capítulo titulado, «El papel de las asociaciones españolas en el fomento de las relaciones culturales entre España y Puerto Rico, 1898-1929» (pp. 49-91). En su erudito examen de las asociaciones culturales en Puerto Rico tras la guerra y sus actividades, el autor manifiesta la existencia de continuidad en los discursos tras la descolonización y de un giro adaptativo hacia el iberoamericanismo; tendencias que se mantienen luego hasta los años treinta. No obstante, de los numerosos datos aportados se deduce una considerable pobreza intelectual en las élites españolas de Puerto Rico y en sus creaciones corporativas, así como un discurso muy conservador. En este sentido, habría sido útil un análisis comparativo entre la exaltación hispánica que proponen estas élites y la imagen de la colonia que paralelamente divulgaban los norteamericanos, asunto al que solo se dedica una referencia a una obra concreta (p. 90).

Este primer bloque del libro, que expone la situación de los debates intelectuales en Puerto Rico en torno a la lengua y la cultura, en los primeros treinta años de dominación norteamericana, se cierra con el trabajo de Libia M. González, de la Facultad de Estudios Generales, de la Universidad de Puerto Rico, sobre «Memoria y representación: España en Puerto Rico 1900-1930» (pp. 93-120). En su contribución, que sirve de perfecto complemento al texto de Pérez Rivera, la autora expone el proceso por el cual ya en 1930 la situación de dependencia económica y política de los EE. UU. hace a las élites cultas de la Isla volverse hacia la ideología panhispanista y al pasado español que, depurado de sus aspectos negativos, aparece idealizado de un modo romántico frente a la «modernidad» impuesta por el nuevo colonizador, que mantiene al «país» en una posición de total sumisión, sin proporcionar tampoco desarrollo económico. La dedicación de Libia M. González a la creación del imaginario nacional puertorriqueño hace que en su análisis, además del habitual discurso intelectual y literario, tengan cabida también otros elementos simbólicos (escudo, pintura, productos emblemáticos, etc.).

Aunque también representa una continuidad en el relato cronológico, con el capítulo firmado por los editores del libro: «Hacia una amistad triangular: Las relaciones entre España, Estados Unidos y Puerto Rico» (pp. 121-152) se entra de lleno en lo que es su núcleo central; el estudio de las complejas relaciones que se desarrollan en las décadas de 1920 y 1930 entre intelectuales, científicos y representantes académicos de tres países: Puerto Rico, España y Estados Unidos, cada uno representando uno de los vértices de la que a lo largo del libro se alude en numerosas ocasiones como relación triangular, que tendrán como resultado el que será uno de los momentos más brillantes de la joven universidad establecida en Río Piedras y que, en un orden más general, constituye un momento privilegiado para observar la articulación de dos paradigmas influyentes y enfrentados: el panamericanismo y el (pan)hispanismo. En este artículo se presentan los materiales y documentación de las instancias institucionales y las personas que, a partir de ahora van a aparecer continuamente

en el libro: la Junta para Ampliación de Estudios y el centro de Estudios Históricos de España, la Universidad de Columbia y la Universidad de Puerto Rico; Federico de Onís, Tomás Navarro, Thomas E. Benner, Josephine Holt, Antonio S. Pedreira, etc. La experiencia de Consuelo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper en el manejo de las fuentes documentales sobre la historia intelectual y científica española en el primer tercio del siglo XX, a la que se une la aportación puertorriqueña de parte de María Dolores Luque, se pone aquí al servicio del examen de la evolución de las ideas sobre la preeminencia de la cultura hispánica en América, desde sus plasmaciones regeneracionistas, por parte de Rafael Altamira, por ejemplo, hasta la más moderna búsqueda de una política cultural española en el exterior, por parte de la Junta para Ampliación de Estudios, adaptada al expansionismo (no solo cultural) norteamericano de las primeras décadas del siglo XX. Puerto Rico, y su Universidad, representa el punto de unión de estas dos políticas expansionistas de EE. UU. (panamericanismo) y España (panhispanismo, iberoamericanismo): a esto es a lo que se alude en el libro como «amistad triangular»¹. A mi juicio es muy significativo el símil que esta denominación repetida en el libro supone con lo que más habitualmente se entiende por un «triángulo» amoroso —las relaciones de una joven «nación» con sus dos «pretendientes» coloniales— y muy fértiles, aunque tal vez no conscientemente buscadas, las asociaciones que sugiere de desigualdad, seducción, desconfianza y engaño.

Una perfecta continuación del anterior constituye el artículo de Consuelo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper, del Instituto de Historia del CSIC, «Relaciones culturales entre el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico» (pp. 153-189), que analiza pormenorizadamente dos lados del «triángulo». Con la utilización de documentación original —como es habitual en otras obras de los autores— proveniente de archivos españoles, pero sobre todo aquí del personal de Federico de Onís, y haciendo protagonistas a los científicos que, con su trabajo y su gran generosidad, contribuyeron a la transformación de una España añeja en una nación con vocación de modernidad y contactos exteriores, se expone la intervención del Centro de Estudios Históricos, dirigido por Menéndez Pidal, y donde trabajaban Américo Castro, Tomás Navarro, Samuel Gil y Gaya, Manuel García Blanco, etc., en la creación del Departamento de Estudios Hispánicos en la Universidad de Puerto Rico, auspiciada por otro colaborador del grupo de filólogos del Centro, Federico de Onís, desde su puesto como profesor en la Columbia University de Nueva York, y por el rector de la Universidad puertorriqueña, Thomas Benner.

Desde la otra orilla transatlántica, Laura Rivera Díaz y Juan G. Gelpí, de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, se ocupan en su contribución de «Las primeras dos décadas del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico: Ensayo de historia intelectual» (pp. 191-235). El trabajo de Rivera y Gelpí puede ser leído (obviamente, entre otras muchas posibilidades) como un «contrapunteo» del de Naranjo y Puig-Samper, ya que enfoca hechos similares desde un punto de vista particular, que coloca a Puerto Rico en el centro. Así, se analizan los datos con un especial énfasis en las luchas de poder nacionales, a través de los discursos de los intelectua-

¹ En realidad se alude, como cita literaria, al título de una famosa conferencia, «Una amistad triangular», de William Shepherd, profesor de la Columbia University, pronunciada con motivo de la celebración del 25 aniversario de la fundación de la Universidad de Puerto Rico y que aparece como apertura del primer número de la *Revista de Estudios Hispánicos*, del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico (tomo I, n.º 1, 1928, pp. 1-17).

les, y se ubican las contraposiciones entre españoles y norteamericanos por hacerse con el control de la Isla como un centro estratégico para la expansión de sus respectivas políticas culturales; sin olvidar tampoco mencionar el escaso peso que los propios puertorriqueños tuvieron en las distintas iniciativas. En este capítulo, como en ningún otro del libro, aparece, aunque no sea explícitamente, el lado largo del triángulo —el norteamericano— como el dominante; el que dicta como principio de actuación el panamericanismo; al que responden de distinta forma puertorriqueños y españoles y ante el cual la figura de Federico de Onís se eleva como mediador posibilista.

En un distinto nivel de profundización, entramos, a partir del capítulo siete del libro, en el abordaje de los actores concretos de los hechos que se están exponiendo. El más sobresaliente de ellos es objeto de la contribución de Matilde Albert Robatto, de la Facultad de Humanidades, de la Universidad de Puerto Rico, «Federico de Onís entre España y Estados Unidos (1920-1940)» (pp. 237-266). Onís es indiscutiblemente el personaje central en la reorganización de los estudios de lengua y cultura española que el rector Thomas E. Benner —un liberal no excesivamente dócil a la política metropolitana en materia cultural— emprendió en la década de 1920 en la Universidad de Puerto Rico, donde, desde su creación en 1903, la enseñanza del inglés había ido ganando terreno inexorablemente. Se trata además de una figura clave en la difusión de los estudios hispánicos en Estados Unidos y representa pulidamente el modelo de hombre nuevo que la Junta para Ampliación de Estudios y otras instancias renovadoras de la educación superior en España habían propuesto en las primeras décadas del siglo XX como la única posibilidad de desarrollo y evolución positiva para el país en el contexto del mundo moderno. Su pertenencia como profesor a la Universidad de Columbia y su familiaridad con la cultura y los medios académicos anglosajones hicieron que, a juicio de Benner, fuera la persona ideal para organizar los estudios hispánicos en Puerto Rico. La salida de la Universidad de Benner fue acompañada por la renuncia de Onís, en 1929, a dirigir el Departamento de Estudios Hispánicos. Sin embargo, desde Nueva York siempre mantuvo el contacto con la Isla y sus amplias redes académicas sirvieron a muchos exiliados de la guerra de España, que habían sido compañeros y colaboradores en el Centro de Estudios Históricos, para encontrar acomodo en diversos países americanos. Desde 1935 no volvió a España y, a su muerte, legó su biblioteca y archivo a la Universidad de Puerto Rico. En contrapartida ésta fundó un Seminario que lleva su nombre. Este Seminario Federico de Onís ha sido dirigido por Matilde Albert, quien, durante 1995 y 1996, coordinó la reorganización de la biblioteca y el archivo particular de Onís, al que este libro debe buena parte de su valiosa documentación original (pp. 262-263).

Si Onís fue, como hombre de acción, el ejecutor de importantes planes académicos, Tomás Navarro Tomás fue no sólo un imprescindible colaborador en estos proyectos, sino además, el primer investigador sistemático de la lengua española en Puerto Rico. María Vaquero, de la Facultad de Humanidades, de la Universidad de Puerto Rico, se ocupa de estas contribuciones: «Navarro Tomás en Puerto Rico: Capítulo de una relación articulada en los 'Tónicos de la voluntad'» (pp. 267-305). La autora, que ya en 1999 se ocupó de la edición conmemorativa del libro de Navarro *El español de Puerto Rico* (1948), elabora su contribución a este libro colectivo en torno a dos ideas; por una parte, la propia identidad de Navarro Tomás como intelectual comprometido con su tiempo y en la superación del atraso científico y cultural de España —de ahí la referencia en el título del trabajo al discurso de entrada de Ramón y Cajal en la Academia de Ciencias— y, por otra, la cuestión del «ideario lingüístico» y la «cuestión del idioma» en Puerto Rico, en relación con su identidad nacional. Analiza, así, en primer lugar la situación de la enseñanza y el conocimiento del

español en la Isla, para exponer después el contexto científico e histórico en que debe colocarse la obra de Navarro Tomás y, por último, se centra en la investigación de geografía lingüística llevada a cabo por él en Puerto Rico, que comenta pormenorizadamente. Este análisis sobre el *Atlas Lingüístico de Puerto Rico* viene a cerrar los enfoques y niveles de análisis que contiene el libro, con la visión, no ya de retóricas o discursos generalizadores sobre la importancia de la lengua, la ciencia y la cultura, y acerca de la necesidad de la apertura al exterior de los países para conseguir su desarrollo, sino de una plasmación práctica y concreta, dentro de un programa de dedicación al conocimiento y al estudio.

Las contribuciones del libro se cierran con un capítulo que retoma en su título el general del libro: «Los lazos de la cultura se convierten en lazos de solidaridad: Los inicios del exilio español» (pp. 307-319), debido a Consuelo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper. Este texto puede verse, por un lado, como un artículo final y de ruptura, por cuanto, lo que en él se cuenta se inicia con la guerra civil, que pone fin a instituciones, carreras, proyectos y vidas involucradas en los hechos en que nos hemos detenido hasta ahora; es decir, cierra un periodo, el que cronológicamente se acotaba en el título del libro. Pero, a la vez, supone también un capítulo inicial, por cuanto, a pesar de la guerra y, sin duda, por su causa, las relaciones de los intelectuales progresistas separados por el Atlántico no sólo no terminan, sino que se acaban convirtiendo en permanentes. La dureza de las primeras épocas del exilio de los científicos que habíamos visto aparecer hasta ahora por las páginas de este libro desarrollando sus carreras y sus proyectos, surgen en su final con la fuerza de las cartas personales a amigos en el exterior, en busca de ayuda, consuelo y desahogo. Américo Castro, que se exiliará primero en Argentina, para ser luego profesor en distintas universidades norteamericanas, se muestra clarividente sobre las posibilidades futuras de retorno para los intelectuales republicanos, en una carta que escribe a su amigo F. de Onís, desde Madison, el 22 de abril de 1938: «No perdonan el pasado, ni el tener sesos. Es la España fernandina, pero sin que sea metáfora [...] Siempre me río cuando oigo que tendrán que llamar a este y a aquel, porque no tienen gente, etc. No. No llamarán a nadie [...] quieren estar *en familia*. Si esos hombres llegan a poder entrar en España, vivirán en la sombra y como los penitenciados del Santo Oficio, que recobraban la libertad» (p. 313).

Además de las muchas cartas reproducidas a lo largo del libro, se publican al final dos valiosos apéndices epistolares. En el primero se reproducen cartas de Federico de Onís a varios intelectuales españoles y en el segundo, una selección de su correspondencia durante la guerra civil. Una útil bibliografía general, que recoge todas las referencias hechas en sus páginas, cierra la obra colectiva.

Aunque ya se ha hecho mención de que *Los lazos de la cultura* es una obra en sí muy homogénea y más parecida a una monografía que a una *colectanea*, me gustaría resaltar ahora otro rasgo de coherencia que no puede extraerse sólo de su lectura. Me refiero a su carácter como nueva contribución dentro de una línea de trabajo que dirigen los dos editores del libro que trabajan en el CSIC, centrada en la historia de la cultura y de la ciencia española en sus relaciones con algunos países americanos. Los trabajos de Consuelo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper sobre las actividades americanas de los científicos españoles de la Junta para Ampliación de Estudios, sobre la Institución Hispano-Cubana de Cultura y sobre el exilio de los hombres y mujeres de ciencia tras la guerra son ya bien conocidos. Pero, de igual forma, son muy numerosas sus iniciativas para agrupar, en torno al debate y estudio de estos mismos temas, a investigadores y profesores de muy distintas procedencias, disciplinares y nacionales. El que este proyecto inicial de Consue-

lo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper haya podido contar con otros nueve estudiosos pertenecientes a la Universidad de Puerto Rico habla bien a las claras de su amplitud de miras y de su capacidad para aglutinar y unir fuerzas y nos muestra también la permanencia de «los lazos de la cultura».

Carmen ORTIZ GARCÍA
Dpto. de Antropología. CSIC. Madrid

Orígenes del pensamiento cubano I (hasta 1868) [CD-Rom], Biblioteca Digital de Clásicos Cubanos, Madrid, Fundación Mapfre Tavera y Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, Universidad de La Habana, 2002, 10.000 pp. aproximadamente.

La Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de La Habana (Cuba), y la Fundación Mapfre Tavera (Madrid, España), acaban de publicar el *Orígenes del pensamiento cubano I*, primer CD-Rom del proyecto «Biblioteca Digital de Clásicos Cubanos», reproducción electrónica y en facsímil de la «Biblioteca de Clásicos Cubanos», iniciativa editorial que condensa más de treinta años de investigación y que supone el estudio y compilación de las obras creadas por las principales figuras históricas de la filosofía, la economía, las ciencias y el pensamiento político y social en la mayor de las Antillas.

El primer volumen de la «Biblioteca Digital de Clásicos Cubanos» incluye varios de los libros de algunos de los principales pensadores insulares de la primera mitad del siglo XIX, concretamente del período anterior a la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y, según el editor y director de dicha Biblioteca, Eduardo Torres-Cuevas, padres de las ciencias y la cultura del país y de su nacionalidad. Se trata, básicamente, de los que se reunieron en torno al Seminario de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, comenzando por José Agustín Caballero, que vivió entre 1762 y 1835, filósofo y uno de los mentores del reformismo ilustrado, del proyecto autonómico y la crítica a la esclavitud, además de maestro de Félix Varela y Morales.

Hay un consenso como pocos en la Historia de Cuba acerca de que en Varela y Morales (1788-1853) están las raíces del pensamiento y la intelectualidad insular, el germen de las ideas que culminaría en el proyecto martiano. Desarrolló estudios sociales y jurídicos, en los que defendió por primera vez tesis independentistas que según el referido Torres-Cuevas, constituyen una verdadera «teoría de la emancipación».

Además de las obras de Caballero y Varela y Morales, en uno y tres volúmenes respectivamente, los *Orígenes del pensamiento cubano I*, incluyen los *Papeles* del Obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa (1756-1832), más conocido como Obispo Espada, fruto de la labor de mecenazgo e impulsor de la modernización de Cuba que concentró los esfuerzos de su autor, y que hasta ahora no habían sido publicado íntegramente. En ellos se encuentra, además, el primer proyecto de reforma de la agricultura insular desde un ángulo en su momento novedoso, pero que después desarrollarían infinidad de pensadores: el fomento y la protección de la pequeña y mediana propiedad y del campesinado ligado a ella.

Tanto en el caso de los libros ya mencionados, como en el de los demás reunidos en el CD-Rom, la labor de edición no se ha limitado a una mera transcripción documental, sino

que es resultado de un esfuerzo de búsqueda y contraste de sus diferentes versiones, impresas y manuscritas, en archivos y bibliotecas, con el fin de cotejarlas y de corregir los errores existentes en publicaciones anteriores. Cada una cuenta, además, con un estudio introductorio de un especialista, una cronología de la vida y obra del autor en cuestión y una bibliografía que comprende sus estudios y los trabajos realizados acerca de cada uno de ellos.

Felipe Poey y Aloy (1799-1891), José Antonio Saco (1797-1879), y José de la Luz y Caballero (1800-1862) fueron tres de los alumnos más aventajados de Varela y Morales y sus obras forman parte también de la selección de *Orígenes del pensamiento cubano I*. La digitalización de las obras, la *Ictiología cubana* y la *Ictiología cubana. Atlas*, del primero es especialmente importante, pues hasta ahora sólo contábamos con sus ediciones originales decimonónicas, de manera que se puede decir que la presente publicación ha tenido también como objetivo recuperarlas.

Poey y Aloy es, probablemente, el padre de la moderna ciencia cubana, autor de una geografía que insiste en lo no-europeo, por contraste con las realizadas en su época en el Viejo Continente, así como de la referida *Ictiología*, que estudia la práctica totalidad de la fauna de la plataforma marina insular, cuya edición en el *CD-Rom* estuvo a cargo del recientemente fallecido, Dr. Darío Guitart Manday. El original cubano de esta obra —hay otro en España—, además, era el que se hallaba en unas condiciones más lamentables de deterioro, a pesar de que cuando se publicó recibió un amplio reconocimiento internacional y varios galardones en Francia y Holanda.

Saco es, seguramente, el intelectual más conocido, polémico e influyente de Cuba en el siglo XIX junto con José Martí, aunque aquél primero para los dos tercios iniciales de esa centuria y el segundo para su década final fundamentalmente. Desarrolló estudios políticos, sociales y económicos, que incluyen una aguda crítica al colonialismo español, pero también a las posiciones anexionistas (de la isla a los Estados Unidos) de su época, una defensa de la autonomía y un alegato antiesclavista. De él se editan en el *CD-Rom* los tres tomos de sus *Papeles*, publicados entre 1856 y 1858, y la *Colección póstuma*, que contiene sus obras posteriores a la última fecha mencionada y su epistolario completo.

La historia de la esclavitud de Saco será editada en un segundo volumen de los *Orígenes del pensamiento cubano*, junto con las obras de otros autores que completan las de esta primera selección, como las de Francisco Arango y Parreño, sagaz intelectual y político y principal exponente del pensamiento de los azucareros esclavistas de la Gran Antilla; el *Epistolario* de Domingo del Monte, recopilación de las cartas enviadas por éste a un selecto grupo de pensadores insulares con debates literarios y socio-políticos.

Orígenes del pensamiento cubano II, que se publicará próximamente, incluirán también la edición de los escritos de Tomás Romay y Chacón, otro de los padres de la ciencia moderna en la isla caribeña, y de los tres volúmenes de la *Polémica en torno a la liberación* que, en opinión de Torres-Cuevas, contienen el debate teórico en torno al destino de Cuba desarrollado entre los años 1860 y 1890.

Volviendo a los *Orígenes del pensamiento cubano I*, su selección se completa con la *Polémica de la filosofía cubana* o *La polémica filosófica*, debate que tuvo lugar en el período 1838-1840 y que confirió al citado De la Luz y Caballero el reconocimiento como el más importante pensador y teórico de la isla en ese momento, cuyas obras se editan en cinco volúmenes en el *CD-Rom*.

En total, la edición digital que nos ocupa reúne unas 10.000 páginas, rigurosamente editadas, como los muchos otros trabajos realizados ya por Digibis y la Fundación Map-

fre Tavera (antes Fundación Histórica Tavera), y a texto libre, lo que ofrece al lector una poderosa herramienta de búsqueda, consulta, recuperación y tratamiento de la información, además de las múltiples posibilidades que ofrecen las publicaciones digitales.

Aparte de las diferentes opciones de visualización (rotación, inversión de la imagen, *zoom*, modificación de los niveles de contraste), la edición digital permite imprimir cualquier parte de la misma con una calidad de reproducción muy superior a la de una fotocopia convencional, o archivarla en otro soporte magnético. Además de esto y de las referidas búsquedas en los contenidos a través de los índices o de criterios personalmente definidos por el usuario; es decir, de un acceso integral y sencillo a la información, los *Orígenes del pensamiento cubano I*, incluyen aportaciones más específicas como, por ejemplo, una mecanismo que relaciona la imagen del citado *Atlas* de Poey y Aloy con su descripción taxonómica en dos volúmenes de texto, muestra muy ilustrativa de las posibilidades técnicas para añadir valor a la obra escrita o dibujada.

La calidad e importancia de los trabajos incluidos en *Orígenes del pensamiento cubano I*, sobre todo teniendo en cuenta que se completará con otro volumen del mismo valor, más aún con el tipo de edición elegida y los recursos que ofrece para la lectura, consulta y uso de la información, constituyen sin duda una de las más importantes aportaciones recientes al conocimiento de la historia de Cuba.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC

PIQUERAS, José Antonio (comp.), *Azúcar y esclavitud en el final del trabajo forzado*, Madrid-México, Fondo de Cultura Económica de España, 2002, 398 pp.

Escribo este comentario precisamente dos años después de producirse los trágicos acontecimientos en Nueva York que dificultaron la reunión del total de los especialistas invitados al Segundo Coloquio Internacional de Historia Social celebrado en Castellón y Benicàssim del 1 al 3 de octubre de 2001, fruto del cuál es este trabajo colectivo coordinado por José Antonio Piqueras —instigador entusiasta del debate intelectual— y dedicado a la figura del historiador cubano entonces recién fallecido Manuel Moreno Fragnals quien, ya en su día, estudiara los factores que —en mayor o menor medida— contribuyeron a la supresión de la esclavitud en el Caribe español, el tema de reflexión planteado en el coloquio.

Asimismo, hay que destacar que esta obra incluye las investigaciones de miembros de la Unidad Asociada de «Historia Social Comparada», CSIC-Universitat Jaume I, que dirigen los doctores Consuelo Naranjo Orovio y José Antonio Piqueras desde sus respectivas instituciones y que centra sus estudios en la creación de espacios sociales, la delimitación de los espacios públicos y la extensión de los conflictos al ámbito de la esfera política en la región del Caribe español durante la época colonial y el siglo XX.

Desde el preámbulo e introducción al libro, José A. Piqueras ofrece una visión ampliada y dinámica de los variados elementos que concurrieron en la provisión y rentabilidad de la mano de obra esclava, el camino a su abolición y transición al trabajo libre, así como las consecuencias de dichos procesos para Cuba y Puerto Rico, teniendo en cuenta

que la etapa álgida de la producción azucarera y del sistema esclavista en ambas sociedades se produjo justo en vísperas de la supresión de la trata legal transatlántica por Inglaterra (1807) y Estados Unidos (1808), momento en que se abrían paso las ideas abolicionistas. Las quince contribuciones de esta obra abordan con nuevos enfoques y evidencias empíricas el asunto pendiente y muy debatido en la historiografía esclavista sobre el Caribe y más aún sobre Cuba, de cuál fue la sucesión de causas que llevó a la supresión del sistema de trabajo forzado, una vez alcanzado el consenso en otros aspectos del proceso transformador de la producción azucarera.

Las diferencias se revelaron ya con los primeros estudios sobre la esclavitud de figuras coetáneas a tan peculiar «institución» como José Antonio Saco, Ramón de la Sagra y Juan Poey quienes la responsabilizaron del atraso de la producción azucarera y de la inviabilidad de la libertad civil, seguidos de los trabajos de historiadores como Raúl Cepero Bonilla, Julio Le Riverend y Manuel Moreno Fraguas que pusieron de relieve la mentalidad esclavista y racista del reformismo cubano anterior a 1868 y ahondaron en el proceso de transformación de la producción azucarera en su doble aspecto técnico y humano. La renovación historiográfica se ha venido multiplicando en los últimos quince años con trabajos como el de Rebeca Scott que destaca la acción colectiva de resistencia y oposición esclava como el factor principal del declive del sistema o la probada viabilidad económica del trabajo esclavo hasta el momento de su abolición en opinión de Laird W. Bergad, dos autores participantes en esta obra y cuyas visiones son matizadas, ampliadas o contestadas por parte de otros destacados especialistas como Herbert S. Klein, Gloria García, Antonio Santamaría, Robin Blackburn, Pablo Tornero y Consuelo Naranjo, entre otros.

El libro está dividido en tres partes, la primera dedicada a examinar la provisión de mano de obra a la economía azucarera mediante dotaciones de esclavos y la transición al trabajo libre, con estudios sobre el comercio atlántico de africanos en el siglo XIX, la evolución del mercado de trabajo y la incidencia de las reformas en Cuba con la sustitución de la mano de obra y la inmigración española; la segunda parte aborda la rentabilidad y viabilidad del ingenio esclavista a través de los precios de los esclavos en los distintos mercados de venta y los cambios que se sucedieron con la transformación en centrales, el sistema del colonato, el impacto en el medio natural y el peso del contexto internacional y la metrópoli en las actitudes de los plantadores. El último apartado relativo a las circunstancias de la abolición de la esclavitud y sus consecuencias plantea temas como la cuestión racial en Cuba y el legado de la abolición en Puerto Rico, abriendo el espectro de los estudios esclavistas a la reflexión sobre la ideología liberal española y el posible influjo en la política exterior de España en América de los frutos del sistema esclavista vigente hasta 1873 en Puerto Rico y 1886 en Cuba.

Nos encontramos, pues, con un trabajo sumamente interesante que es suma y multiplicación de las investigaciones, reflexiones e inquietudes de diversos autores, unos ya consagrados en este área de estudio y otros que ya transitan con fuerza en la dilucidación de los factores (y ritmo de actuación) que hicieron posible el final del trabajo forzado en el Caribe hispano, hecho vital para el avance historiográfico. A esta cualidad hay que añadir la variedad de enfoques de los trabajos, desde más generales a más concretos, de un tratamiento más tradicional a uno más novedoso, dentro de la triple mirada económica, político-ideológica y social establecida sobre la esclavitud, la transición al trabajo libre y su legado, para dichas esferas de las sociedades cubana y puertorriqueña del siglo XX que dotan al actual debate de intensidad y apasionamiento.

En cuanto a sus carencias, la principal nos atañe a todos los estudiosos del Caribe hispano y es la desproporción de trabajos sobre Puerto Rico —también en este tema de la esclavitud— con respecto a la atención que recibe Cuba. Aún teniendo en cuenta la menor escala del hecho histórico en Borinquen, donde no alcanzó las dimensiones cuantitativas y económicas de la Gran Antilla, es digno de atención y de futuros análisis, como señala José Curet en el artículo que cierra el libro, ese «legado incierto» de la esclavitud y su abolición, de tanta repercusión para la conformación de mentalidades, de la identidad y de una cultura nacional. Un referente sobre las cuestiones raciales y sus consecuencias en la formación de las sociedades antillas es el artículo de Consuelo Naranjo, así como buena parte de su obra centrada en Cuba. Desde esta nueva historia cultural, que imbrica aspectos sociales e intelectuales, la alusión al discurso científico sobre la existencia de diferentes razas y la subordinación de unas a otras enlaza con el fomento de la inmigración blanca desde las instituciones estatales. Fe Iglesias, Gloria García, Consuelo Naranjo e Imilcy Balboa abordan la sustitución de la mano de obra esclava por el trabajador libre desde distintos niveles (costes de producción, salarios, cambios tecnológicos, relaciones laborales, etc).

Los análisis centrados en la rentabilidad de la esclavitud, que cuentan con larga tradición historiográfica, siguen siendo reveladores de la dinámica colonial en su doble aspecto económico y político. Los trabajos de Robin Blackburn, José Antonio Piqueras, Christopher Schmidt-Nowara, desde la incursión en la política, y los de Pablo Tornero, Martín Rodrigo, Nadia Fernández de Pinedo, Antonio Santamaría y Luis Miguel García, desde la economía, contribuyen a visualizar las contradicciones del sistema esclavista, los intereses de la élite hispanocubana y los cambios en las directrices de la política metropolitana, en un momento en que la isla se convierte en una colonia de gran rentabilidad.

Junto a estas cuestiones, el libro contiene otros enfoques sugerentes que amplían la perspectiva del estudio de la esclavitud a través de metodologías inmersas en las corrientes historiográficas de la historia atlántica y la historia ecológica como muestran los artículos de Hebert S. Klein, Laird Bergad y Reinaldo Funes referidos al comercio y los mercados de esclavos, así como al impacto de la industria azucarera en el medio natural.

Terminamos con la esperanza de que este libro, una magnífica contribución al debate sobre las causas que contribuyeron a la extinción de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico y a las consecuencias para sus sociedades, se convierta en todo el planeta en la realidad que proclama su título, «el final del trabajo forzado».

M^a Dolores GONZÁLEZ-RIPOLL
Instituto de Historia, CSIC

ROVIRA MAS, Jorge (editor), *La democracia de Costa Rica ante el siglo XXI*, San José de Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001, 603 pp, índice, cuadros, gráficos e ilustraciones, apéndice bibliográfico y nota sobre los autores.

La peculiaridad del caso costarricense en la historia y la realidad actual de América Latina es una evidencia que nadie ha conseguido explicar con suficientes argumentos para satisfacer a la mayoría de los científicos sociales, pero aparte la ciencia, es una evidencia —reitero— tan poderosa que lo mismo puede servir para sostener la dificultad de

hablar una evolución y de problemas comunes en la región, que como ejemplo de que es posible lograr en ella un desarrollo paralelo, equilibrado y sin violencia de la economía, la sociedad y la política.

Una historia sin sobresaltos, que se puede decir abreviando, provoca una percepción de monotonía y continuidad en el acontecer costarricense a los ojos del observador atento a los resultados, pero no a los entresijos de los de los procesos —la mayoría de los que nos interesamos por saber cómo andan las cosas en tantos países y tan distintos (los de América Latina)—. Una de las aportaciones de la compilación de J. Rovira es desvelar los cambios que se esconden tras lo evidente a esa inmensa mayoría aunque, naturalmente, en la mente del editor y los autores que participan en el libro, tal contribución era sólo un valor añadido y resultado indirecto de la preocupación por ofrecer respuestas a quienes viven y piensan desde más cerca Costa Rica.

La democracia de Costa Rica ante el siglo xxi es el resultado de las conclusiones de la «Conferencia Internacional La Democracia en Costa Rica ante el Nuevo Siglo» que tuvo lugar en San José con motivo de la celebración del xxv Aniversario del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica entre el 29 y el 31 de mayo de 2000. Según Rovira fue, además, fruto de una inquietud perenne, aunque dinámica, de la preocupación que provocó la crisis de los años ochenta, que originalmente se pensó acabaría con lo que se ha llamado «la edad de oro del desarrollo nacional», pero a la postre acabó dando lugar a «un nuevo estilo» y «un nuevo rostro» en el que, como decimos, prevalecen muchos de los rasgos y virtudes del la anterior —y también algunos vicios y defectos—, pero tras un severo ajuste, con importantes cambios y, sobre todo, diferentes restos.

La compilación de Rovira trata de responder a las principales preguntas que plantea el contexto descrito anteriormente desde una perspectiva multidisciplinar y aunando los esfuerzos de un colectivo compensado de madurez y juventud, ópticas nacionales y aportaciones extranjeras, análisis de largo plazo y de coyuntura. El resultado es, desde nuestro punto de vista, adecuado a los objetivos, muy ilustrativo y, citando la opinión de una de las autoras de la obra —J. Guzmán— que pudimos conocer y que de otra manera no habríamos podido saber, influyente hasta el extremo de provocar un debate que ha modificado los proyectos políticos costarricenses. La democracia de Costa Rica ante el siglo xxi, aparte de un prólogo del editor, de una introducción que este último firma junto a B. Leimbach, y de una bibliografía ordenada por temas, seleccionada también por el propio Rovira y J. Rodríguez, se divide en seis partes que agrupan, por sus contenidos, las veintiséis contribuciones presentadas a la conferencia que dio origen al libro.

La primera parte del libro aborda el problema del entorno de la democracia en Costa Rica, con artículos de K. Bodemer acerca del efecto de la globalización, la modernización y el desencanto político en los regímenes representativos; de E. Torres Rivas sobre la dialéctica reforma-revolución en perspectiva comparada —estudia los casos costarricense y guatemalteco—; de A. Artiga respecto a los procesos de estructuración de los actuales sistemas de partidos en los países de América Central, y de J. Lanzaro, que analizar un ejemplo ajeno a la región —«Uruguay, del bipartidismo al pluralismo bipolar»— y ofrece un contrapunto para enriquecer su conocimiento.

La segunda parte versa sobre los problemas y desafíos futuros. En ella M.A. Seligson reflexiona acerca de los «¿Problemas en el paraíso?, la erosión del sistema político y la centroamericanización» costarricense en el último tercio del siglo xx, y J. Mora en la necesidad de buscar nuevos caminos democráticos ante el deterioro de la calidad del

sistema. H. Pérez Brignoli e Y. Baires, por su parte, hablan de una crisis en ciernes, F. Rodríguez y S. Castro indagan en papel de la juventud en la política, y R. Salom en la manera de hacer aquélla actualmente en Costa Rica.

La tercera parte de la compilación de Rovira se dedica a los partidos políticos y al sistema democrático basado en ellos. A. Cortés analiza la cultura política en relación con él, K. Casas su dinámica, y el propio editor se pregunta si se está debilitando el bipartidismo que rige actualmente en Costa Rica, cuestión en la que profundiza R. Blanco al estudiar la acción y el espacio de las formaciones cantonales en ese contexto. Finalmente, O. Hernández estudia «El quiebre [sic.] del voto en las elecciones de presidente y de diputados» entre 1962 y 1998.

La relación entre democracia, elecciones y política económica es el objeto de la cuarta parte de la obra y coincide prácticamente con el título y contenidos del artículo que firma J.M. Villaruso dentro de la misma. J. Peeler, por su parte, compara los casos venezolano y costarricense, prestando especial atención al papel de la elites; C. Reventos analiza la manera en que se aprobaron las medidas de ajuste del período 1980-1995 en un contexto democrático, y C. Sojo los problemas de exclusión social que éstas provocaron en el país y su efecto en la gobernabilidad.

Los cambios sociales y las nuevas formas de participación ciudadana preocupan a los autores agrupados en la sexta sección del libro. A.C. Escalante y M. Barahona analizan en sendos artículos la participación de las mujeres y de sus organizaciones en la construcción de la democracia costarricense y sus retos futuros, entre los que J. Guzmán destaca la potenciación de los derechos de los consumidores, de su ejercicio y protección. Finalmente J. Vargas estudia la auditoría popular de la calidad democrática costarricense.

Como conclusión, la sexta parte de la compilación de Rovira está dedicada a las reformas, electoral, de los partidos y del derecho constitucional, acerca de las cuales hace balance C. Araya; del propio Estado y la democracia, sobre cuya necesidad y posibilidades reflexiona J.L. Vega. Acompañan a ambos ensayos, además, sendos artículos de R. Hernández y O. Fernández que contraponen el modelo parlamentarista y presidencialista y analizan los sistemas de representación en Costa Rica respectivamente.

En síntesis, como todo libro colectivo, la compilación de Rovira ofrece al lector contribuciones diferentes y de muy distinta calidad, pero en general de muy buena factura y, sobre todo, con contenidos coherentes con los objetivos de una obra que, explícitamente, se propuso abrir un debate sobre la democracia y sus retos en Costa Rica y, según parece, ya consiguió influir en los proyectos políticos, e implícitamente aporta a cualquier lector interesado un detenido análisis que le permite profundizar en el trasfondo de una realidad cuya evidente historia sin sobresaltos, parece que poco cambia.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC